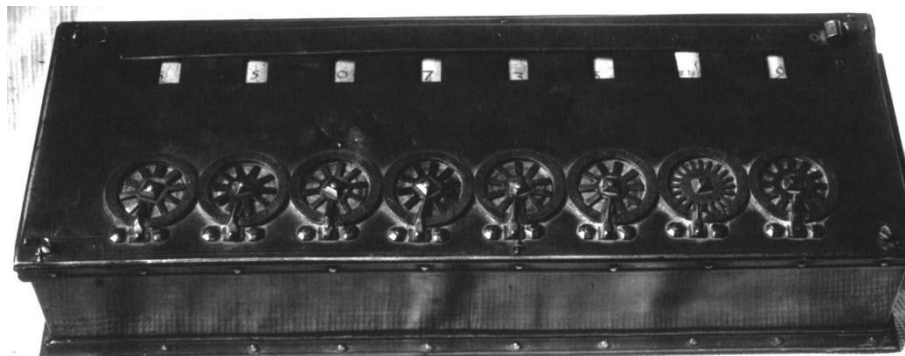


Apéndice. La apuesta de Pascal.¹



(Figs. 18-19) La *machine arithmétique* o *machine à calculer* de Pascal (1642).



¹ [Tanto para la traducción como en la numeración de los *Pensées* seguimos la edición de Léon Brunschvicg: Blaise Pascal, *Pensées et opuscules*, Cinquième édition revue, Paris, Librairie Hachette & Cie., 1909. El desarrollo de “la apuesta” (*le pari*) ocupa por entero el §233. Los párrafos entre comillas latinas («...») corresponden a las palabras del libertino, “el hombre sin Dios”. Las notas a pie entre corchetes, como esta misma, son nuestras. Incluimos únicamente las notas de L. Brunschvicg que nos parecen más sugerentes.

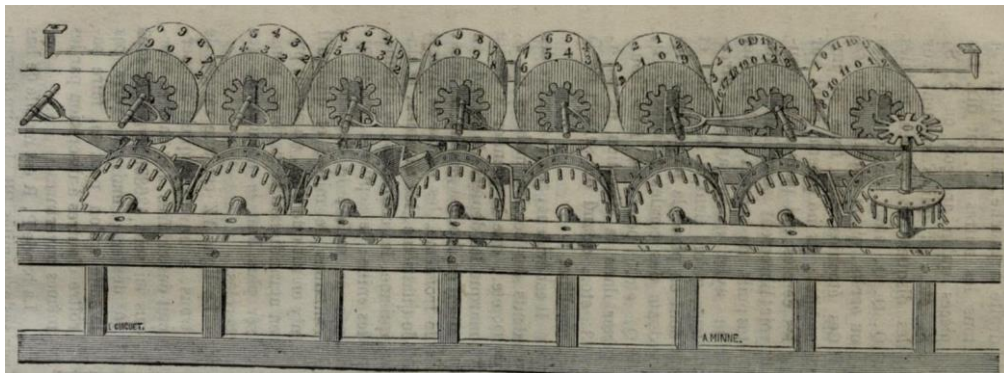
]Damos aquí el esquema que nos ofrece Wikipedia.fr en su entrada *Pari de Pascal*:

	Dieu existe	Dieu n'existe pas
Vous pariez sur l'existence de Dieu	Vous allez au paradis = vous gagnez indéfiniment ($-b + \infty$)	Vous retournez au néant = vous subissez une petite perte ($-b + 0$)
Vous pariez sur l'inexistence de Dieu	Vous brûlez en enfer = vous perdez indéfiniment ($+b - \infty$)	Vous retournez au néant = vous obtenez un petit gain ($+b + 0$)

Note : $\pm b$, nombres réels finis, représente les plaisirs d'une vie libertine ou les privations d'une vie vertueuse, $\pm \infty$ représente le poids d'une éternité de bonheur ou d'une éternité de malheur. Dans les écrits de Pascal, b est noté ϵ (epsilon).]



(Fig.20) Las vísceras de la pascaline.



(Fig.21) Lo mismo, según el grabado de la Encyclopédie.

La machine d'arithmétique fait des effets qui approchent plus de la pensée que tout ce que font les animaux; mais elle ne fait rien qui puisse faire dire qu'elle a de la volonté, comme les animaux. (Pascal)

§194 (...) «No sé quién me ha puesto en el mundo, ni lo que es el mundo ni yo mismo; me encuentro en una terrible ignorancia sobre todas estas cosas; no sé lo que es mi cuerpo, ni mis sentidos, ni mi alma, ni siquiera esta parte de mí mismo que piensa en cuanto estoy diciendo, que reflexiona sobre todo ello y sobre sí sin conocerse más que al resto. Contemplo esos espantosos espacios del universo que me encierran y me mantienen arrinconado en esta vasta extensión, sin que sepa por qué me veo situado en este lugar y no en otro, ni por qué el poco tiempo de vida que se me ha concedido ha correspondido a este momento y no a cualquier otro de toda la eternidad que me ha precedido o de la que me vaya a suceder. No veo más que infinitos por todas partes, que me encierran como un átomo o una sombra que no dura más que un instante sin retorno. Todo lo que sé es que debo morir pronto, pero ignoro por completo en qué consiste esa muerte que no puedo evitar.

» De igual modo que no sé de dónde vengo, tampoco sé hacia dónde voy; sólo sé que, cuando salga de este mundo, será para caer para siempre, o bien en la nada, o bien en manos de un Dios irritado, sin conocer cuál de estas dos condiciones habré de sufrir eternamente. Tal es mi estado, lleno de debilidad e incertidumbre. Y a partir de todo esto, concluyo en consecuencia que habré de pasar toda mi vida sin siquiera plantearme investigar lo que va a ser de mí. Tal vez podría aclarar en algo mis dudas; pero no me tomaré el esfuerzo, ni daré un solo paso para intentarlo, tratando con desprecio a los que se esfuerzan en ello y marchando sin prevención ni temor, a tientas, hacia tan gran acontecimiento, dejándome llevar sin resistencia a la muerte, en la incertidumbre sobre la eternidad de mi condición futura.» [*ad marginem*] Cualquier certeza que posean, es más motivo de desesperación que de vanagloria.²

¿Quién desearía tener por amigo a un hombre que discurriese de tal modo? ¿Quién lo iba a elegir entre los demás para hacerlo partícipe de sus asuntos? ¿Quién recurriría a él en sus aflicciones? Y en fin, ¿qué destino habría que otorgársele en la vida?

Resulta glorioso para la religión el hecho de tener como enemigos a hombres tan poco razonables. [*a. m.*] Pero esos mismos que parecen ser los más opuestos a la gloria de la religión no resultarán inútiles a los otros. Les propondremos el primer argumento, que tiene algo de sobrenatural: pues tamaña ceguera no es algo natural; y si su locura los vuelve tan contrarios a su propio bien, ella misma servirá de garantía a los otros, ante el horror de un ejemplo tan deplorable y de una locura tan digna de compasión. (...)

² [El pirronismo clásico predicaba el estado de incertidumbre como remedio terapéutico contra los males imaginarios, tales son el temor por los males futuros, el recuerdo atormentado de los pasados o la propia muerte, siempre futura y entendida como pura nada. Descartes se valió de la duda de sus contemporáneos escépticos como medio para alcanzar la única certeza posible y presente del *pienso*. A cambio, Pascal convierte tanto la inseguridad como la certeza del pensamiento, una vez más, en acicate para un nuevo sufrimiento.]

§206 Me espanta el silencio eterno de estos espacios infinitos³.

§231 ¿Creéis que es imposible que Dios sea infinito y sin partes? – «Así es.» – En tal caso, quiero mostraros algo infinito e indivisible. Se trata de un punto que se mueve por todas partes a una velocidad infinita: pues es uno y el mismo en todos sitios y permanece entero en cualquier lugar. Que este efecto natural⁴, que antes os parecía imposible, os haga saber que puede haber otros tantos del mismo tipo que aún no conocéis. No saquéis esta consecuencia de lo aprendido: que no os queda nada más que saber; antes bien, que os queda por saber infinitamente.

§232 El movimiento infinito, el punto que lo llena todo, el movimiento en reposo: infinito sin cantidad, indivisible e infinito⁵.

§233 *Infinito – nada*⁶. Sumada al infinito, la unidad no lo aumenta en nada, lo mismo que si añadimos un pie a una medida infinita. Lo finito se aniquila frente a lo

³ Este penetrante grito es, a la vez, el de un sabio y el de un cristiano. Para el geómetra, el universo ofrece la imagen de la infinitud y la eternidad; parece participar así de los atributos de la divinidad. Pero el Dios del cristiano es un ser moral, es “sensible al corazón”. Ahora bien, este universo infinito está “mudo”, desprovisto de toda vida moral; no habla al corazón ni testimonia a Dios. Este mundo que llena el espíritu del sabio es como un desierto para aquél que busca a Dios. Conviene oponer a las palabras de Pascal el célebre pensamiento de Kant, que expresa justamente lo contrario, la satisfacción del ser inteligente que comprende el universo y que liga su destino individual a la suerte del mundo entero, equiparada a la revelación de la ley moral que lo eleva a Dios: “Hay dos cosas que inundan el alma de una admiración y un respeto siempre renacientes y que crecen a medida que el pensamiento vuelve a ellas más a menudo y con más aplicación: el cielo estrellado sobre nosotros y la ley moral en nuestro interior.” (*Crítica de la Razón práctica. Conclusión.*)

⁴ Las reflexiones contenidas en el tratado inacabado *De l'esprit géométrique*, explican cómo puede Pascal dotar a este efecto del valor de un hecho natural. Los dos infinitos [lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño] existen objetivamente; es posible realizar su combinación en un móvil que sea infinitamente pequeño y que posea una velocidad infinitamente grande. Incluso en geometría se encuentra Pascal con esta verdad, fundamental para él, de que el hecho concreto es superior a la razón abstracta. [Cfr. Blaise Pascal, *De l'esprit géométrique*, en *Oeuvres complètes de Blaise Pascal*, Paris, Librairie de L. Hachette et C^e, tome 3^e, 1872, pp. 163-182.]

⁵ [No sabemos con qué intención de lenguaje esté escrito todo este excursus, ni importa que lo leamos en sentido matemático, geométrico, ontológico... *ad infinitum*. En *definitiva* (¡¡esta vez sí!!), ¡sólo lo pronuncia Pascal como alegoría de un discurso teológico! En cualquier caso, lo que está claro es que “un punto que se mueve por todas partes a una velocidad infinita” etc., está en verdad inmóvil, ya que equivale al universo material en su totalidad espacio-temporal.]

⁶ A la publicación de este largo fragmento, la edición de Port-Royal, que lo convierte en su Capítulo VII (“Qu’il est plus avantageux de croire que de ne pas croire ce qu’enseigne la Religion chrétienne”), lo precede de una Advertencia que resulta ser una penetrante interpretación del pensamiento de Pascal: «Casi todo lo contenido en este capítulo no incumbe más que a cierto tipo de personas que, sin estar convencidas por las pruebas de la Religión, y menos aún por las razones de los ateos, se mantienen en suspenso entre la fe y la incredulidad. El autor pretende mostrarles únicamente, por sus propios principios y mediante las meras luces de la razón, que deben juzgar que les resulta ventajoso creer y que éste es el partido que deberían tomar si esta elección dependiera de su voluntad. De lo cual se sigue que, al menos

infinito y se convierte en nada. Así le ocurre a nuestro espíritu frente a Dios, e igualmente a nuestra justicia frente a la justicia divina.

La justicia de Dios debe ser inmensa, como lo es su misericordia. Ahora bien, la justicia para con los réprobos es menos inmensa y ha de chocarnos menos que la misericordia hacia los elegidos⁷.

Conocemos que hay un infinito, pero ignoramos su naturaleza, del mismo modo que sabemos que es falso que los números sean finitos. Puesto que es cierto que hay un infinito en número⁸, aunque no sepamos lo que es. Es falso que sea par y es también falso que sea impar, ya que, añadiéndole la unidad, no cambia de naturaleza. Sin embargo, es un número y todo número es par o impar, ya que es cierto que esto se aplica a todo número finito. Igualmente, podemos conocer que existe un Dios sin saber lo que es.

[*a.m.*] ¿Acaso no existe una verdad sustancial por el simple hecho de que veamos tantas cosas que no son la verdad misma?

«Conocemos pues la existencia y la naturaleza de lo finito porque nosotros mismos somos también finitos y extensos⁹. Conocemos la existencia de lo infinito e ignoramos su naturaleza, porque posee extensión como nosotros, pero no límites como nosotros. Pero no conocemos ni la existencia ni la naturaleza de Dios, porque no posee ni extensión ni límites.»

Pero por la fe conocemos su existencia, y por la gloria conoceremos su naturaleza. Ahora bien, ya he demostrado que se puede conocer bien la existencia de una cosa sin conocer su naturaleza. Hablemos ahora según las luces naturales. Si hay un Dios, es infinitamente incomprendible, ya que, al no poseer partes ni límites, no tiene ninguna relación con nosotros. Somos por tanto incapaces de conocer, ni lo que es, ni si es. En ese caso, ¿quién se atrevería a resolver la cuestión? No nosotros, que no poseemos ninguna relación con él.

¿Quién puede reprochar entonces a los cristianos que no puedan dar razón de su creencia, por profesar una religión de la que no pueden dar razón alguna? Ellos mismos

a la espera de encontrar la luz necesaria para convencerse de la verdad, deben hacer todo lo que esté en sus manos para disponerse a ello y desprenderse de todos los impedimentos que los alejan de esta fe, cuales son, principalmente, las pasiones y las diversiones superfluas.» [Entre estos *vains amusements* incluía Pascal las Matemáticas.]

⁷ Eso que *choca en la justicia para con los réprobos* es la transmisión a todos los hombres del pecado cometido por uno solo. Pero, como lo demuestra Jansenius, ello es conforme a la ley de la herencia y a la solidaridad que rige la naturaleza. Por contra, la misericordia que concede la salvación y la felicidad a aquéllos que no la merecen en absoluto repugna mucho más a la razón natural: se trata, para la razón, de un efecto sin causa. (...)

⁸ Cfr. *De l'Esprit géométrique*. La existencia del número infinito se establece aquí indirectamente y por vía negativa. De modo que no puede concebirse por sí mismo, y la razón fracasa cuando pretende aplicarle las leyes de los números finitos.

⁹ ['Extenso' es sinónimo de 'espacial' y, por tanto, de 'corpóreo'. Spinoza, al identificar a Dios con el todo (*Deus sive natura sive substantia*) convirtió la extensión en uno de sus atributos infinitos, para escándalo tanto de judíos como de cristianos.]

afirman, cuando la proclaman ante el mundo, que es una necedad, *stultitiam*¹⁰, ¡y os lamentáis de que no se ocupen de probarla! Si la probasen faltarían a la palabra: es por carecer de pruebas por lo que no carecen de sentido. – «Sí; pero, aunque eso sirva de excusa a los que así nos la ofrecen, no sirve de igual modo a los que la reciben.» – Examinemos pues este punto y digamos: Dios existe o no existe. Pero, ¿hacia qué lado nos inclinaremos? La razón no puede determinarnos por ninguno de los dos: hay un caos infinito que nos separa. Se trata de un juego a cara o cruz, jugado en los extremos de esta distancia infinita. ¿Por cuál de los dos posibles resultados apostaréis? Según la razón, no os podéis determinar a hacerlo ni por uno ni por otro; mediante el uso de la razón, no podéis [tampoco] rechazar ninguno de los dos.

No acuséis por tanto de falsedad a los que hayan realizado una elección, ya que vos mismo lo ignoráis todo sobre ella. – «No, pero les reprocharé el haber realizado, no esa elección en concreto, sino una elección en general. Pues, aunque tanto aquél que elija cruz como el otro [que elige cara] cometan faltas parejas, ambos están en falta: lo justo es no apostar.»

Sea; pero hay que apostar, no es algo voluntario, estáis embarcado. ¿Por cuál de ambas opciones lo haréis? Veamos. Puesto que hay que elegir [necesariamente], veamos cuál de las dos nos interesa menos¹¹. Tenéis dos cosas por perder: la verdad y el bien; y

¹⁰ [1Corintios, 1:18-21: «18 Porque la Palabra del madero a la verdad es locura (*stultitia*) a los que se pierden; mas a los que se salvan, es a decir, a nosotros, es potencia de Dios. 19 Porque está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y reprobare la inteligencia de los entendidos. 20 ¿Qué es del sabio? ¿Qué del escriba? ¿Qué del filósofo de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría de este mundo? 21 Porque en la sabiduría de Dios, por no haber el mundo conocido a Dios por sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.» (Versión de Reyna-Valera en *Biblia del Jubileo*.) «Quia in Dei sapientia non cognovit mundus, non cognovit mundus per sapientiam Deum, placuit Deo per stultitiam prædicationis salvos facere credentes.» En su *Apología de Raimundo Sabunde*, Montaigne tradujo así el pasaje al que pertenece este versículo [1:18]: «Pues está escrito: destruiré la sabiduría de los sabios y echaré por tierra la prudencia de los prudentes: ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba? ¿Qué fue del disputador de este siglo? ¿No ha embrutecido Dios la sapiencia de este mundo? Así que, ya que el mundo no ha conocido a Dios mediante la sabiduría, ha querido Él salvar a los creyentes por la ignorancia y la simpleza de la predicación.» Es tal vez de esta traducción de donde Pascal ha tomado prestada la palabra ‘embrutecer’ [*abêtir*], de la que se servirá a continuación en este fragmento. [Vid. Michel de Montaigne, *Apologie de Raimond Sebond*, en *Essais de Montaigne, précédés d’une étude bibliographique et littéraire* par Alfred Delvau, Paris, J. Bry, 1859, t. I, Livre II, Chap. xii, p. 247.]

¹¹ Estas palabras marcan el giro efectuado por Pascal para desplazar al incrédulo de la posición, en apariencia inexpugnable, en la que el escepticismo le ha permitido refugiarse. Dejando de lado provisionalmente la cuestión de la razón y la verdad, pasa al terreno de la voluntad y el interés. Es lo que ya había hecho Arnobio en un pasaje citado por Bayle: “Pero el Cristo no prueba la verdad de sus promesas. Esto es así, puesto que no hay prueba posible de lo que está por venir. Sin embargo, si tal es la condición de las cosas futuras, que no pueden alcanzarse ni captarse por ninguna aprehensión anticipada, entre dos opiniones dudosas y a la espera de un acontecimiento incierto, el partido más razonable ¿no consiste en adoptar la opinión que nos ofrece esperanzas, antes que aquélla que no nos las ofrece en absoluto? Efectivamente, por un lado, no corremos ningún riesgo en caso de que aquello que se nos anuncia por llegar se desvanezca y lo echemos en falta; mientras que, en el segundo caso, el perjuicio es enorme, pues se trata de la pérdida de la salvación, caso de que comprobemos, llegado el término esperado, que no se nos había engañado” (*Adv. Gent.*, II, 4). Pero es más probable que Pascal conociera este argumento por la *Teología natural* de Raimundo Sabunde, autor que debió de despertar su curiosidad a partir de la *Apología* de Montaigne: “Se nos propone que *Hay un Dios*, y ello nos obliga a pensar de inmediato en su contrario, que *No hay Dios*, y después a comparar entre sí estas proposiciones, por ver

dos cosas que comprometéis: vuestra razón y vuestra voluntad, vuestro conocimiento y vuestra beatitud; y vuestra naturaleza tiene dos cosas de las que huir: el error y la miseria¹². No resulta más dañada vuestra razón al elegir lo uno que lo otro, porque hay que elegir necesariamente. Aquí tenemos carta blanca¹³. Pero, ¿y vuestra beatitud? Comparemos la pérdida y la ganancia caso de elegir cara, que Dios existe. Tengamos en cuenta estos dos casos: si ganáis, lo ganáis todo; si perdéis, no perdéis nada. Apostad, por tanto y sin dudarlo, que Dios existe. – «Todo ello resulta admirable, sí, pero tal vez me estoy jugando demasiado.» – Veamos: ya que el azar de la pérdida y el de la ganancia son parejos, aun cuando no tuvieseis más que dos vidas que ganar frente a una sola, podríais igualmente arriesgaros¹⁴; pero si fueran tres vidas las que ganar, habría también que jugar (ya que estáis obligados a jugar), y seríais un imprudente, dado que tenéis que jugar por fuerza, si no arriesgaseis vuestra vida para ganar tres a cambio, en un juego en el que las

cuál de ellas resulta más conveniente al ser y al bien, y cuál, por contra, es la que menos les conviene. Ahora bien, la primera, *Hay un Dios*, nos presenta una esencia infinita y un bien incompresible, ya que Dios es todo eso. La contraria, *No hay Dios*, trae consigo la privación de un ser infinito y de un infinito bien. Teniendo esto en cuenta, al compararlas, cabe decir que entre ambas hay la misma diferencia que la que hay entre el bien y el mal. Más allá de ello, apliquémoslas al hombre. La primera le concede confianza, bien, consuelo y esperanza; la segunda, el mal y la miseria: creará, pues, y adoptará, por regla natural, aquella que es mejor en sí misma y más provechosa para él; y rechazará aquella que es desechable por sí misma y que sólo supone desventajas para él. De otro modo, estaría haciendo mal uso de su inteligencia y se valdría de ella para su propio mal, algo que no puede ni debe hacer en la medida en que es hombre. Pero, ¿qué bien le cabría esperar de la creencia de que Dios no existe? ¿Qué fruto cosecharía de ello? ... Por tanto, tendrá que sostener que Dios existe” (Cap. LVIII). Se ha discutido mucho sobre el valor del argumento de Pascal, pero raramente se lo ha mantenido en las condiciones que él mismo le marcó. En primer lugar, el argumento no constituye el fondo ni lo esencial de la *Apología*: no es mencionado en el esquema proyectado hacia 1658, del cual Étienne Pascal nos ha ofrecido un resumen; no constituye un argumento teórico. Pero, ante la ausencia, supuesta por Pascal, de cualquier prueba teórica, el autor busca un medio práctico para retornar hacia la religión los deseos y la atención del libertino, una palanca para alzarlo. En hipótesis, queda fuera de causa la verdad de los dos partidos. Y no es todo: se da por supuesto el pesimismo a la vez que el escepticismo. La vida humana, abandonada a su transcurso natural, es incapaz de ofrecernos cualquier tipo de felicidad. Al renunciar al disfrute de los placeres que se le brindan, el libertino no sacrifica nada en realidad, sea cual sea el partido que adopte sobre la vida futura; no tendrá nada de que arrepentirse en esta vida, ya que el cristiano, aun frustradas sus esperanzas, será a la vez mejor y más feliz que el incrédulo. En otros términos, si, obligados a coger un billete de lotería, se nos da a elegir entre dos loterías diferentes, siendo gratis ambos billetes e idénticas las posibilidades de ganar, no tendremos que tener en cuenta más que el valor del premio. El argumento de Pascal resulta válido si y sólo si tenemos en cuenta estas consideraciones, descartando cualquier otra que afecte a su dialéctica.

¹² [“La miseria del hombre sin Dios”. Aquí ‘miseria’ no expresa la primera acepción del término, según la R.A.E.: «Estrechez o pobreza extrema», a no ser en sentido figurado, como la definen la cuarta y la quinta acepciones: «Flaqueza, debilidad o defecto» y «Desgracia o infortunio», respectivamente.]

¹³ [*Voilà un point vidé.*]

¹⁴ [Las expresiones castellanas ‘posibilidad’, ‘riesgo’, ‘arriesgar(se)’, no traducen con fidelidad los términos utilizados indistintamente por Pascal, *hasard*, *hasarder*, que nos remiten directamente al *azar*. Para un cartesiano como Pascal, el azar es siempre sinónimo de ignorancia (subjética) de la ley causal: no cabe pensar en ningún caso en el azar objetivo. Que la realidad esté *siempre y necesariamente* determinada por una causa, es decir, sometida a ley, supuesto inviolable del paradigma mecanicista, lo es igualmente para todo el desarrollo del argumento. En términos teológicos, la ignorancia es la consecuencia, ya que no el efecto necesario (debido esto al carácter caprichoso de *Yhwh*), del pecado primigenio.]

posibilidades de pérdida y de ganancia son las mismas. Pero de lo que se trata es de toda una eternidad de vida y felicidad. Siendo así, aun cuando hubiera una infinidad de posibilidades, de las que os correspondiera una sola, seguiríais teniendo razón al arriesgar una para obtener dos, y actuaríais de forma equivocada, estando como estáis obligado a jugar, si rechazaseis jugaros una vida frente a tres, en un juego en el que, de una infinidad de posibilidades igualmente azarosas, hay una para vos, si hubiera una infinidad de vida infinitamente feliz que ganar. Pero lo que aquí tenemos es una infinidad de vida infinitamente feliz que ganar, una posibilidad de ganancia contra un número finito de posibilidades de pérdida; y lo que os jugáis es finito. Esto elimina la toma de partido¹⁵: allí donde el infinito está por todas partes, y donde no hay infinidad de posibilidades de pérdida frente a la de ganancia, no cabe titubear en la tirada; hay que jugarse el todo por el todo¹⁶. Así, cuando estamos obligados a jugar, hay que renunciar a la razón para salvaguardar la vida, antes que arriesgarla por la ganancia infinita, tan dispuesta a tocarnos como la pérdida de la nada. Pues de nada sirve decir que es algo incierto si vamos a ganar, mientras que es bien cierto que nos arriesgamos, y que la distancia infinita que hay entre la *certidumbre* de lo que nos exponemos y la *incertidumbre* de lo que ganaremos iguala al bien finito, que arriesgamos con certeza, al infinito, que es incierto. No es así: todo jugador arriesga con certeza para ganar con incertidumbre. Y, sin embargo, arriesga con certeza lo finito para ganar con incertidumbre lo finito, sin ofender con ello a la razón. Es falso que haya una distancia infinita entre esta certeza de lo que se expone y la incertidumbre de la ganancia. En verdad, lo que hay es una infinidad entre la certeza de ganar y la certeza de perder. Pero la incertidumbre de ganar es proporcional a la certidumbre de lo que se arriesga, según la proporción de posibilidades azarosas de pérdida y ganancia. Y de aquí se sigue que, en habiendo las mismas probabilidades en un sentido que en otro, la partida se juega entre iguales. Y, por tanto, la certidumbre de lo que se arriesga es igual a la incertidumbre de ganar, no importa que ambas estén a una distancia infinita. Y así nuestra proposición adquiere una fuerza infinita, cuando de lo que se trata es de arriesgar algo finito en un juego en el que hay parejas probabilidades de pérdida y ganancia y lo que ganamos es infinito. Es algo demostrativo y, si el ser humano es capaz de alguna verdad, ésta lo es sin duda¹⁷. – «Bien, lo confieso, lo admito; pero, con

¹⁵ [*Cela ôte tout parti*] Y no (si nuestra lectura es la correcta) *cela est tout parti*, del participio del verbo *partir*. El sentido de la frase es que no ha lugar siquiera la apuesta [*pari*], la probabilidad, por ser lo finito prácticamente *nada* frente a lo *infinito*. [Aunque Pascal utilice a veces las dos palabras como equivalentes, la apuesta, *pari*, es meramente un acto mental, que sólo se lleva a la práctica cuando lo convertimos en partida, *parti*. Confuso de igual modo, por ambiguo, resulta el empleo de *parti* con el significado, unas veces, de ‘partida’, y otras de ‘partido’, como en “tomar partido”. En cualquier caso, este último sólo es ‘arriesgado’, *hasardé*, precisamente porque la primera es azarosa, supuesta la completa inefabilidad (o indeterminación) de su objeto.]

¹⁶ [... *il n’y a point à balancer, il faut tout donner.*]

¹⁷ Giro elíptico: «*Celle-là est une vérité dont les hommes sont capables.*» [“Es ésta una verdad de la que los hombres son capaces.”]

todo, ¿no existe acaso un medio para averiguar el revés¹⁸ del juego?» – Sí, las Escrituras y todo lo demás¹⁹.

· «Sí, pero yo me encuentro amordazado y con las manos atadas: se me fuerza a apostar, pero no tengo libertad para hacerlo. Y, aunque me aflojen las ataduras, estoy hecho de tal manera que no puedo creer. ¿Qué queréis que haga en este caso?»

· Es verdad, pero reconoced al menos vuestra impotencia para creer, ya que la razón os lleva a ello y, sin embargo, no podéis hacerlo. Trabajad pues, no en convenceros aumentando las pruebas de la existencia de Dios, sino disminuyendo vuestras pasiones. Queréis alcanzar la fe, pero desconocéis el camino; os queréis curar de la incredulidad y pedís el remedio para hacerlo: aprended de aquéllos que se han visto sujetos como vos y que ahora se juegan todos sus bienes; son gente que conoce ese camino que vos queríais seguir, que se han curado del mal del que vos mismo os queréis curar. Seguid la manera por la que ellos han comenzado: actuando en todo como si creyeran, haciendo uso del agua bendita, haciendo decir misas, etcétera. De forma natural, eso os hará creer a la vez que os embrutecerá²⁰. · «Pero eso es precisamente lo que yo temo.» · ¿Y por qué? ¿Qué tenéis que perder? Pero, para demostraros que lo uno lleva a lo otro, os diré que todo eso disminuirá vuestras pasiones, que son vuestros mayores obstáculos.

En cambio, ¿qué mal os puede sobrevenir tomando este partido? Seréis fiel, honrado, humilde, agradecido, bienhechor, un amigo sincero y digno de confianza. En verdad, no tendréis esos placeres pestilentes como la gloria o los deleites; pero, ¿no obtendréis acaso otros? Yo os digo que los ganaréis en esta misma vida, y que, a cada paso que deis por este camino, distinguiréis tanta certeza de ganancia y tanta nada en lo que arriesgáis, que reconoceréis al final que habéis apostado por algo certero, infinito, y a cambio de lo cual no habéis entregado nada.

¹⁸ [Traducimos así *le dessous*, literalmente (lo que está) ‘por debajo’, del juego en este caso: sus entresijos, siempre ocultos, como la carta que el tramposo esconde bajo la manga (esta reflexión es nuestra).]

¹⁹ [... *le reste*, etc. Aunque no se explicita, Pascal puede referirse a los argumentos pretendidamente demostrativos de la existencia de Dios. Aclaremos que ‘demostrativo’ es sinónimo de lógico-matemático, es decir, de racional. No son demostrativas ni las pruebas empíricas ni los argumentos de autoridad.]

²⁰ [V. nota 8. En otro fragmento, Pascal recomienda de manera general: “Estupidizaos, embruteced.”] Port-Royal no se atrevió a reproducir este término. Victor Cousin, que fue el primero en publicarlo, lo acompaña de este conocido y elocuente comentario: “¡Qué lenguaje! ¿Es ésta, por tanto, la última palabra de la sabiduría humana? ¿Es que acaso la razón no ha sido dada al hombre más que para ser sacrificada, y el único medio de creer en la suprema inteligencia consiste, según pretende y afirma Pascal, en *embrutecernos* a nosotros mismos? Es como si, una vez *embrutecido*, el hombre estuviera más cerca de Dios.” Sin duda, Cousin exagera el pensamiento de Pascal: lo que Pascal demanda al libertino es el sacrificio de una razón artificial, falsamente erigida en facultad de la verdad absoluta, que no es capaz de llevarlo a la ciencia ni a la felicidad, y que no es, en definitiva, sino una suma de prejuicios. *Embrutecerse* equivale a renunciar a esas creencias a las que la “instrucción” y el hábito han dotado de la fuerza de la necesidad natural, pero que el propio razonamiento nos muestra como vanas e impotentes. *Embrutecerse* significa volver a la infancia a la espera de acceder a esas verdades superiores, inaccesibles a la escasa sabiduría de los sabios a medias [*demi-savants*]. “Nada hay más conforme a la razón que esta retractación de la razón.” La palabra de Pascal es la de un creyente, no la de un escéptico.

· «¡Vaya! Ese discurso me transporta, me embelesa...» · Si el discurso os agrada y os resulta firme, sabed que está dicho por un hombre que se ha puesto de rodillas para elevar plegarias a ese Ser infinito y sin partes, al que somete todos sus bienes, antes y después de someter los vuestros, para gloria suya y vuestro propio bien; y que, así, la fuerza [del discurso] es compatible con estas bajezas²¹.

§234 Si no tuviéramos que hacer nada si no es con certeza²², no podríamos hacer nada por religión, ya que ella misma es incierta. Pero, ¡cuántas cosas hacemos con incertidumbre, como los viajes por mar y las batallas! Lo que digo, por tanto, es que no habría que hacer nada en absoluto, ya que no hay nada cierto; y que hallamos más certeza en la religión que en la afirmación de que mañana veremos un nuevo día: pues es incierto que mañana veamos un nuevo día, mientras que es ciertamente posible que no lo veamos. No podemos decir lo mismo de la religión. No es cierto que sea; pero, ¿quién osaría decir que es ciertamente posible que no sea? Ahora bien, cuando se trabaja por el mañana y por lo incierto, se actúa con razón; pues se debe trabajar por lo incierto, según queda demostrado por la regla de las partidas²³.

San Agustín vio que trabajábamos por lo incierto en el mar, en las batallas, etcétera; pero no conoció la regla de las partidas, que demuestra que debemos hacerlo.

²¹ La fuerza del discurso, que el propio libertino reconoce, es compatible con lo que éste considera bajezas, como el arrodillarse y la oración. (...)

²² [Pascal utiliza siempre la misma palabra, (*in*)*certain*, para ‘certeza’, ‘(in)cierto/a’, ‘certidumbre’, ‘certero/a’... ‘seguro/a’, ‘(in)seguridad’, etcétera. Desde un punto de vista lógico, los únicos enunciados *ciertos* o que producen certidumbre son las tautologías, como $v9=3$, $p \leftrightarrow p$, o $\neg(p \wedge \neg p)$, es decir, los enunciados formalmente válidos y cuya negación supone contradicción; mientras que aquéllos (formalmente) contradictorios son siempre falsos. En cambio, los enunciados que expresan una proposición factual y/o empírica, como “mañana será otro día” o “Dios existe”, son *siempre* indeterminados o inciertos. El hecho (*factum*) de que tengamos forzosamente que actuar, no sabemos por qué ni para qué, es lo que hace que la toma de partido, según Pascal, sea inevitable. Pero hay una diferencia, y nada desdeñable, entre afirmar que mañana veremos amanecer y que existe el Ser infinito: lo primero se apoya en lo que Pascal llama “la costumbre”, la experiencia repetida, aun en el caso de que haya sido sometida a ley por la ciencia, que sólo puede ser validada por los datos empíricos, lo que hace que todas las ciencias empíricas sean necesariamente inciertas. En cambio, “Dios existe” no puede contrastarse por la experiencia sensible (salvo en el caso de los milagros, que los creyentes dan por verdaderos precisamente porque violan el curso habitual o incluso legal de los fenómenos)... ni demostrarse racionalmente, por no tratarse de un enunciado puramente formal. No son lo mismo un huracán o el/la covid-19, por muy aleatorios que resulten, que el milagro de la santa espina, que fue el que dio lugar a la “segunda conversión” de Pascal.]

²³ La expresión tiene su origen en las investigaciones que realizó Pascal para resolver el problema que le había planteado Méré: repartir los envites [*enjeux*], en el caso de que el partido fuera interrumpido, según las oportunidades de ganancia. Pascal la utiliza en un sentido muy amplio, designando con ella cualquier regla para decidir sobre cosas inciertas, exactamente lo que conocemos como cálculo de probabilidades, del que Pascal fue uno de los precursores, junto a Fermat y a Huyghens. A este respecto, Méré le escribió a Pascal estas curiosas líneas: “Sabréis que he descubierto en las matemáticas cuestiones tan raras que ninguno de los autores antiguos habían dicho jamás, y por las que se han visto sorprendidos los mejores matemáticos de Europa. Vos mismo habéis escrito sobre mis invenciones, al igual que los Sres. Huyghens y Fermat, y tantos otros que han podido admirarlas. Debéis juzgar por ello que no aconsejo a nadie que desprecie esta ciencia, etc.” Todo esto sería verdad si admitiéramos que la invención consiste en encontrar el problema, y no la solución.

Montaigne vio que nos sentimos ofendidos por poseer un espíritu endeble, y que lacostumbre lo puede todo; pero no supo ver la razón de este efecto.

Todos ellos han visto los efectos, pero no han visto las causas; son, con respecto a los que han descubierto las causas, lo mismo que aquéllos que no poseen más que ojos en relación con los que poseen espíritu. Pues los efectos son algo sensible, mientras que las causas son sólo visibles al espíritu. Y aunque esos efectos sean visibles al espíritu, este espíritu es, en comparación con el que ve las causas, como los sentidos corporales en relación con el espíritu.

FUENTES FOTOGRÁFICAS

Figs. 18-21: gallica.bnf.fr

